

Una voz débil interrumpe los pensamientos de Moacir:

Vuelve la cara y ve a una mujer de cara ~~demacrada~~ demacrada y pálida, alta en un chal negro, con una criatura en los brazos y otra a su lado que le alargaba la manita.

La mujer no comprende la pregunta de Moacir y dice con tono suplicante:

¿La caridad?..... Una palabra ~~deixixenaxMoacirxtodavíaxxexexxx~~ cuyo significado Moacir todavía

- ¿Está usted enferma?

* Un acceso de tos le impide seguir , y prorrumpe en llanto.

- ¿Por qué no entra usted en esa gran casa?

Moacir no encuentra lógica la respuesta y piensa que en aquel in-
edificio debe de haber bastante lugar para la pobre mujer. Toma
~~criatura~~ en brazos a la criatura que llora y, ayudándole a la madre,
en la iglesia. En el profundo silencio y en la obscuridad en que
sumergida, la iglesia parece estar desierta. A la débil luz que
por una ventana de colores, Moacir puede distinguir a un hombre
cillado junto a una banca. Se le acerca y dice tímidamente:

- Esta pobre mujer está enferma, tiene dos criaturas, y yo soy forastero.....

El hombre que ora le mira severamente, contrariado porque se le interrumpe en su santo recogimiento, y, sin decir palabra, se levanta y va a arrodillarse ante un altar en el cual arden dos ceras.

Entretanto, la mujer, apretándole el brazo a Moacir, va repitiendo:

- Vamos, vamos, es inútil.

Después, se les acerca uno de los guardianes del edificio, vestido de uniforme negro, y se dirige a Moacir, preguntándole con una mirada amenazadora:

- ¿Qué hacen aquí?

Moacir procura explicarle ~~al guardián~~ el triste caso al guardián, pero éste le interrumpe a las primeras palabras, murmurando entre dientes:

- No puedo hacer, llévela al hospital.

Moacir lleva a la pobre mujer a una fonda cercana. Hace calor en el salón, a donde llega el olor apetitoso de las viandas que se cuecen en la cocina. El camarero mira con sorpresa a los parroquianos extraños, y va a consultar al patrón antes de servirles.

La mujer, acabada la cena, no sabe cómo agradecerle a Moacir, va repitiendo las mismas expresiones: Dios lo bendiga, Dios se lo pague, mientras que la más grandecita de las criaturas, se encarama en las rodillas de ~~Moacir~~ Moacir, se divierte, bate las manitas y estalla en risa argentina.

Moacir goza como un rapaz, y vuelve a sentirse feliz al ver a las criaturas tan alegres y a la madre ya menos triste, pero, pagada la cuenta, encuentra que no le queda en el bolsillo más que una sola lira, y se pregunta preocupado: ¿Y ahora qué se puede hacer? No tarda mucho tiempo en pensarlo, y, venciendo los recelos de la mujer, lleva a los tres infelices a su recámara. Les cede su lecho, acostándose él en la alfombra, apoyando la cabeza en un paquete de libros que cubre con su abrigo.

La pobre mujer tose durante casi toda la noche, y la más pequeña de las criaturas despierta varias veces llorando. No es sino hasta que

los primeros rayos del alba, penetrando por las persianas, disipan la obscuridad de la recámara, que Moacir ve a la mujer, con las criaturas recostadas en su seno, duerme tranquilamente. Observa el grupo con ternura, cuando oye tres golpes secos en la puerta.

- ¡Pero quién vendrá a esta hora? - se pregunta, y, de puntillas, procurando que no crujan las duelas, va a abrir la puerta.

Es la patrona, que, con el rostro encendido y los brazos en jarras, exclama indignada:

- ¡Qué es eso de llevar a la casa no tan sólo a una mujer, sino también a dos criaturas!

Moacir la saca de la recámara a empujones, y la lleva a otra pieza, suplicándole que hable en voz baja.

- ¡Pero por qué cosa ha tomado usted mi casa? - continúa la patrona, mirándole fijamente los ojos, para hacerle comprender de bidamente toda su indignación. - ¡Va usted a traer a mi casa a todos los desarrapados que encuentre en las calles? ¡No faltaba más!

Moacir hace un gesto de disgusto, y le echa a la mujer una mirada que la calma inmediatamente. Después, ella escucha enternecida su triste relato, y ~~después~~, quizá para alejar de su casa a la pobre andrajosa y sus criaturas, telefonea al hospital y le explica a Moacir qué es lo que debe hacer. Moacir le da las gracias conmovido, y le pide prestadas veinte liras. El rostro de la señora Antonelli vuelve a obscurecerse, siendo su primer impulso rehusarse, pero después razona de la manera siguiente: "El conde, que ha de ser un verdadero conde, ha pagado dos meses adelantados, me ha garantizado que Moacir es un joven de bonísima conducta, y todos los muros están cubiertos de cartelones que ~~a~~ anuncian su debut; además, si le presto el dinero, él será quien haga los gastos del certificado, etc." Tranquilizada por estos pensamientos, entra en su recámara, para volver poco después ~~xxxxxxx~~ y darle a Moacir dos billetes que parecen haber salido de la tienda de un anticuario.

Moacir se pasa todo el día corriendo de una oficina municipal a otra para obtener el certificado necesario, ~~Al fin lleva a la pobre mujer al hospital, pero allí encuentra que el reglamento no le permite~~

Al fin, lo consigue. Pero, al llegar al hospital, la enfermera le indica que el certificado es únicamente para la mujer, y no para las criaturas, por lo cual él debe llevárselas. La pobre madre se resiste a separarse de éstas. En ese momento pasa un médico, y Moacir, con la voz temblorosa por la indignación que siente, pregunta:

- Pero doctor, ¿le parece a usted lógico que los hijos no puedan permanecer con la madre por carecer del certificado?

- Es el reglamento, - responde el médico, encogiéndose de hombros y alejándose.

- ¿Pero a dónde he de llevar a estas pobres criaturas?

- ¡Pero qué criaturas! ¿Y la función, comprendes? - grita una voz de trueno que aterra a todos.

Moacir vuelve la cara y ve a Saraceni, rojo como un tomate, entrando en la pieza y enjugándose el sudor.

- Vámonos, Moacir, dentro de una hora comienza la función. Todo el día te he estado buscando; ¡no es ^{ésta} la manera de conducirse!

Saraceni desliza diez liras en la mano de la enfermera, rogándole que retenga a las criaturas por esa noche, y agarrando a Moacir del brazo lo lleva consigo.

Llegan al teatro, en donde ~~Saraceni~~ sale a su encuentro Morani, quien, sumamente excitado, pregunta qué ha sucedido, pero Saraceni se limita a decirle con tono imperioso:

- Aprisa, ayúdale a vestirse.

El conde ~~XXXXXXXXXX~~ le arregla el rostro, pintándole en él dos cicatrices, le arregla las plumas en la cabeza, y le ayuda a ponerse un ropaje de colores chillantes - en resumen, procura hacer de Moacir un salvaje en el verdadero sentido de la palabra. Hace todo esto con mucha seriedad, como un escultor que da los últimos toques a una estatua, murmurando de vez en cuando: "Eres maravilloso, harás una gran figura."

Moacir le deja hacer, pero, mirándose en el espejo, se encuentra ridículo y mezquino, y sonríe pensando que si los salvajes de Matto Grosso lo vieran ataviado de esa manera, no lo reconocerían.

Suena la campanilla, y Moacir sale a escena. El público prorrumpe en ruidosos aplausos. El escenario representa la selva virgen, y, con

de darle la impresión real de la naturaleza ~~silvestre~~ salvaje, Saraceni y Morani no han olvidado los más pequeños detalles. Debajo de un árbol han colocado un mono, y de entre los bastidores salen, a intervalos, rugidos de fieras.

Moacir ~~maximiliano~~ había llegado al teatro de mal humor, pero ahora ríe y canta, canta y ríe, mientras que el director de orquesta hace juegos de equilibrio para llevar el acompañamiento. El teatro está lleno. Moacir debe bailar, y baila con loca alegría, siguiendo el ritmo de la música con los movimientos ágiles de su cuerpo. Las vestiduras demasiado estrechas estorban sus movimientos; se las quita y avienta debajo de los árboles. Cuando se dejacaer exhausto, suenan los aplausos, surge un clamor, muchos gritan: ¡bravo, bravo, que repita! Pero Moacir, sin inclinarse siquiera la cabeza, se mete entre los bastidores, riendo todavía. Morani y Saraceni, con los rostros radiantes, le agarran y estrechan las manos con el mayor ardor, rogándole, con las expresiones más tiernas, que vuelva al palco escénico a cantar.

- No quiero, - responde resuletemente Moacir, dirigiéndose hacia su camerino.

- ¡Cómo? ¡Cómo? - repite el empresario siguiéndole, - ¿No quieres cantar? ¿Pero no ~~ve~~ ves que el público se impacienta?

- No me importa, he dicho que no canto, y no canto. -

Saraceni apela a la conciencia de Moacir, le habla de sus obligaciones, le amenaza, pero no logra persuadirle, y se ve obligado a salir a escena para decirle al público que no se puede razonar con los salvajes.

Moacir se desviste tranquilamente, se pone su modesto traje de burgués y se va a casa. Llegando allí, se acuesta y cae en un sueño profundo.

Cuando abre los ojos, ya está muy avanzado el día. Llueve, y las gotas suenan en los cristales de las ventanas. Todo está triste a su derredor, y él también se siente triste, como si un gran dolor pesase sobre su corazón. Piensa para sí:

- Debo de haber estado muy ridículo bailando de esa manera, y toda esa gente que vino a verme debe de ser muy estúpida. ¿Pero por qué con

sentí en hacerlo? ¡Por qué me he sometido a la voluntad de otros sin pensarlo?" No ~~se~~ puede dar una explicación a todas las preguntas que se le agolpan a la mente, y siente una profunda humillación.

Le distrae de sus pensamientos la entrada de la señora Antonelli, ~~taxxxx~~ toda sonriente, para darle los periódicos de la mañana, que hablan de él y le felicitan por el éxito que ha tenido. Sale y se dirige, casi corriendo, al hospital. No le permiten ver a la pobre viuda, porque no es día de visita, pero la enfermera le asegura que la ha cuidado bien y que los huérfanos ya han sido internados en un orfanatorio. Moacir, sin embargo, sale del hospital triste y contrariado. Camina, rozando los muros fríos y húmedos, por una calle medio obscura, metida entre dos hileras de casas grises, y siente el corazón oprimido por la angustia. Al pasar por una tapia cubierta de carteles, ve a un ciego que les ofrece en venta a los transeuntes cajas de fósforos, y golpea ritmicamente con su bastón en la acera, para llamar la atención de la gente. Se le acerca, y pone una lira en la bandeja de hoja de lata, ^{toma} pero sin tomar una caja de fósforos. El ciego ~~xxxx~~ la lira, y le ~~xxx~~ da las gracias, sonriendo.

Moacir le pregunta por qué no busca un sitio más abrigado, en lugar de estar bajo la lluvia. El ciego le contesta que es un buen punto, y que vale la pena mojarse, pues toda la gente se detiene allí desde que se han fijado en la tapia los carteles del artista salvaje.

- ¿Y donde vive usted?

-En la Posada Popular.

- ¿Es gratuito?

- No, pero se paga nada más una lira por noche.

- ¿Cuánto puede usted ganarse en un día?

- Depende de la caridad pública, señor. Para nosotros los infelices que no podemos trabajar, no nos queda más que la caridad pública..... el buen corazón de la gente.

- ¿Se encuentra obligado a venir aquí todos los días?

- Todos los días, señor, - contesta el ciego ~~xxxxxx~~ sonriendo, - si quiero poder comer. ~~Nieva~~ ya sea que nieva o haga un sol abrasador, tengo que estar aquí vendiendo fósforos o lapices, o cualquier otra

cosa, porque si alargara la mano sin vender nada, me llevarían a la cárcel.

- ¿A la cárcel?

- ¡Señor, quiere usted ~~pasar~~ pasarme a la otra acera? Es tarde y me retiro.

- Con mucho gusto. ¿Ha ganado usted mucho hoy?

- ¡Mucho! Dos liras.

Moacir deja al ciego y prosigue su camino. Un reloj suena las 9. El ~~nieve~~ cielo se ha despejado. Moacir, recargado en una columna, con las manos en los bolsillos, contempla inmóvil la catedral que, iluminada por la luz de la luna, parece un bordado hecho por artífices inspirados del poder divino. El mármol frío como la muerte ha tomado vida, y en esa belleza plástica Moacir ve la expresión de la grandeza espiritual de la civilización Europea.

"¡Qué obra maestra, qué iglesia tan magnífica! Pero quizá no es más que una simple forma? ¿Y qué cosa será ese Dios que ha querido que los hombres civilizados le levanten una casa tan grande y tan rica, pero en la cual no hay ni siquiera una banca en que ~~descansar~~ el desamparado pueda realmente reposar?"

Se acuerda del hombre que oraba, del guardián, y siente una congoja en el corazón. "¡Cuán malas han sido esas personas! ¿Pero qué cosa pediría esa gente arrodillada?"

Absorto en estos pensamientos, ~~xxxixingando~~ se encamina lentamente hacia su alojamiento. Apenas abre la puerta del zaguán, cuando corre hacia él la patrona, alarmadísima, gritando:

- ¡Por el amor del cielo, señor Moacir, corra al teatro, ya ha comenzado la función.....

Moacir la mira sonriendo, procurando explicarse el motivo por el cual la pobre mujer está tan agitada. La señora Antonelli prosigue:

- vinieron a buscarlo el conde y el comendador, estaban nerviosísimos..... si hubiese usted visto al señor Saraceni..... daba miedo..... ¡vaya, corra al teatro, no hay tiempo que perder.....

Moacir se retira tranquilamente a su recámara, mientras que la patrona, detrás de la puerta, todavía insiste en persuadirle a que vaya al

teatro. Él toma un libro, se recuesta en la cama y se pone a leer.

Entretanto, en el teatro, la servidumbre, los bomberos y los artistas, al ver al empresario correr de un lado a otro, con los ojos fuera de sus órbitas, y escupiendo a un lado y al otro para darle salida a la ira reprimida, sufren la sensación de que algo muy grave debe haber pasado.

No se equivocan. Gracias al hábil réclame del empresario, el teatro está a reventar, y Saraceni espera que de su vasta inteligencia salga una idea genial que le permita substituir el número del salvaje sin suscitar las protestas del ~~auténtico~~ público. Piensa en los perros amaestrados, en los prestidigitadores, en Odette, y hasta llega a concebir la idea de disfrazar al tenor Lari de indio, pero pronto la abandona, temiendo que sufra su reputación de empresario serio.

Agarra la cabeza entre las manos, como para exprimirla alguna idea que le saque de esa grave conyuntura, cuando ve a Morani, quien, ~~tranquilo~~ tranquilo y sonriente, pone una rosa en los cabellos de Milly.

- ¡Es usted un inconsciente! - le grita.

Al oír esta ofensa vulgar, el conde ^{vuelve la cara} ~~se vuelve la cara~~ con un gesto de desafío, pero el empresario prosigue:

- ¿Se ha encargado o no de la tarea de hacer de padre de Moacir? ¿Entonces, dónde está su lugar, aquí o cerca de él? Si en lugar de adorar a Milly, se ocupara usted, con el mismo amor, de Moacir, no me encontraría ahora en esta dificultad.

Todos ríen, y hasta acabá por reír Saraceni, con toda la rabia que tiene en el cuerpo.

- ¿Qué es lo que debemos hacer ahora? - le pregunta, casi resignado, al conde.

Salga
- ~~Vaya~~ al palco escénico, - responde Morani, - cuente cualquier historia y verá que el público queda conforme.

- ¡Me viene una idea! ¡Arriba el telón! - grita Saraceni al maquinista. Corre al camarino de Odette, aliza sus cuatro cabellos, se arregla la corbata, se perfuma, sale al palco escénico y se presenta al público con su más bella sonrisa.

- Señoras y señores, - comienza el comendador con mucha gravedad, - el selecto público que llena el teatro esta noche ha impresionado tanto

indio, que se ha encerrado en su camerino, y son en vano todos nuestros esfuerzos por hacerle salir. (Murmullos y muestras de desaprobación). ¡Con los salvajes no se razona!..... me encuentro confundido, mortificado, adolorido, pero, por otra parte, no puedo usar de la violencia con él, quien ~~xxx~~ tiene tan triste recuerdo de ella. No puedo, en esta ciudad grande y altamente civilizada, la capital moral de Italia (vivísimas muestras de aprobación) hacerle entender por medio de la fuerza a un indio sacado de su perfumada selva el derecho que vosotros tenéis de exigirle que cumpla con las obligaciones que ha contraído. Hay otra razón, gravísima, que tengo para no ser severo con él: Hoy día es el triste aniversario de la trágica muerte de..... su madre. El recuerdo de esa escena horrible me hace estremecerme!..... (muestras de viva atención).

- Moacir nació en una de las tribus más belicosas que pueblan las selvas~~xx~~ de Matto Grosso, en donde los hombres siempre están en lucha ~~x~~ entre sí, o con las panteras, los leones, las hienas y enormes serpientes. En una de las más terribles batallas entre una tribu y otra, Moacir y su madre, que era considerada como de belleza ~~extraordinaria~~, cayeron en manos de la tribu..... barará.

El jefe de los bararás se prendó de esa salvaje, pero en vista de que ésta no quiso ceder a sus bajos apetitos, ordenó que fuese muerta; esos salvajes, que son todavía antropófagos, la asaron y ~~xx~~..... la devoraron, ^{ante} bajo la vista aterrada de su pequeño hijo. (muestras de horror y de viva emoción en las caras de ~~xxx~~ las señoras). Por eso nuestro indio fue llamado Moacir, que en su lengua quiere decir "Hijo del Dolor".

- Algún tiempo después, los blancos invadieron esa lejana región, y dispersaron la feroz tribu de los barará. El pequeño Moacir fue capturado y confiado al piadoso cuidado de un misionero católico, que lo educó e instruyó. Pero siempre se vislumbra en los ojos de Moacir el dolor de esa gran tragedia,..... y, en este momento, encerrado en su camerino, llora, según su uso y costumbre, con motivo del aniversario de la muerte de su madre.

- Por lo tanto, ~~xx~~ sed generosos ^{con él} esta noche, y nosotros, de

acuerdo con el derecho que nos hemos reservado para los casos imprevistos, sustituiremos su número con él de los perros amaestrados, que debían hacer su debut mañana.....

Saraceni ^{termina} ~~termina~~ su discurso con una de esas frases rimbombantes que sabe ~~había~~ encontrar para las grandes ocasiones, entre los aplausos atronadores del público.

Al volver entre bastidores, serio y grave como un triunfador, se sorprende de ver al Conde, a Milly, a Odette y a Lari, quienes están reventando de risa. Les lanza una mirada y después, fijando la vista en Morani, exclama colérico:

- ¡Es usted todavía un rapaz! ¡Y yo que esperaba que habías corrido en busca de Moacir!

- Voy en seguida, - responde el Conde, - pero no hubiera renunciado, ni por todo el oro del mundo, a tu debut, el éxito del cual se debe en parte a mí.

La campanilla suena dos o tres veces, y, al fin, la señora Antonelli va a abrir la puerta. El Conde entra resueltamente, seguido de Milly, y se dirige a la recámara de Moacir. Le pregunta a éste qué está haciendo, a lo que contesta tranquilamente que está leyendo.

- Saraceni te ha buscado por todo Milán, ha gastado más de veinte liras en taxis. ¡Pero por qué no fuiste al teatro? ¡No eres un hombre! ¡Te estás arruinando! ~~¡Maxxreserdaa~~ ¡Ya no recuerdas las condiciones del contrato? ¡has firmado un contrato o no? ¡Un con-tra-to! Si eres un caballero no puedes faltar a tus compromisos. ¡Pero que modos son éstos?

- Señor, - contesta con calma Moacir, - se olvida con qué promesas me ha traído a Europa.

- Ciertamente, las recuerdo....., y las cumpliré; pero no te he prometido hacerte ver toda Europa a mis expensas. Al contrario, debes estarme reconocido por haberte buscado el medio de ganar dinero sin mucha fatiga.

- Es justo lo que dice el Conde, - afirma Milly, metiendo los dedos entre las cartas regadas en el escritorio.

- No es justo, - ^{responde} ~~responde~~ Moacir, ~~se~~ saltando del lecho.

- ¡Pero qué piensas hacer? ¡Ya no quieres venir al teatro?.....

~~xxx~~ ¡No sabes que ya no te volveré a dar ni un céntimo?

- Eso no me importa, - contesta Moacir ~~xxxxxxx~~ sonriendo.

Milly prorrumpe en una carcajada.

- Pero aquí no estás en Matto Grosso, en donde basta con alargar la mano para recoger los plátanos, si quieres comer, necesitas dinero.

- Vuelvo a Matto Grosso, vuelvo a Matto Grosso....., y usted tiene la obligación de regresarme para allá.

Moacir abre la ventana, y el Conde se calma repentinamente, recordando que el único medio, y también el más prudente, de razonar con Moacir, es hacerlo por las buenas.

- Si quieres, - continúa Morani con voz tierna, - te acompaño hasta Sao Paulo....., es mi deber, o hasta Tujapá, pero no es justo, no está bien lo que estás haciendo. Debes razonar, mi querido Moacir. Si Saraceni te quiere lanzar al arte teatral, es por tu bien, pues ha encontrado en tí dotes de un verdadero artista, y quiere proporcionarte los medios para crearte una posición espléndida. Ha gastado mucho dinero en hacerte reclame, ha contraído fuertes compromisos, y si no los cumple, sufrirá grandes daños, quizá hasta vaya a dar a la cárcel. Entre nosotros no es posible conducirse como un salvaje, haciendo sólo lo que se encuentra más agradable. ¿Qué sería la sociedad si todos hicieran lo que quisieren? Un caos.

El conde nota que sus palabras han influido sobre el ánimo de Moacir, y continúa hablándole más cariñosamente:

- Si quieres que yo te pueda demostrar el afecto y el interés que tengo por tí, debes seguir mis consejos, y verás que después te encontrarás contento. Debes hacer todo lo posible por adaptarte a las exigencias del nuevo ambiente; Europe, te repito, no es Matto Grosso. Verás.....

Milly le guiña al Conde, y, tomando el brazo de Moacir, exclama:

- ¡Deje en paz a mi Moacir, y vamos a tomar una buena cena en casa de Savini!

- ¡Con todo gusto! - contesta el Conde, con una sonrisa condescendiente.

Moacir va con ellos a casa de Savini, escucha todas las sandeces de Milly, y observando al conde, junto a la joven, le parece envejecido y siente pena. Después de la cena, se presenta también Saraceni, muy sonriente, en compañía de Odette, y todos pasan algunas horas alegres como si nada hubiese pasado.

Moacir, ya solo en su recámara, recuerda haber prometido que irá al teatro con toda regularidad, y se siente encolerizado con sí mismo. ¿Por qué ha prometido volver a hacer de títere? ¿Tenía miedo de quedarse solo?.....

Desde entonces va al teatro con toda regularidad, y acaba por resignarse a esa vida. Para no sentir la soledad, se pasa una gran parte del día enfrascado en la lectura de libros de ocultismo. Quiere convencerse de que la muerte no existe y que el alma del "hombre sabio" siempre está junto a él.

Un día visita la galería de pinturas. Los cuadros de los grandes artistas italianos, las obras maestras de Leonardo de Vinci y de Rafael, la expresión suave de esas madonas y de esos ángeles, y el rostro pálido y sangriento del Cristo agonizante, influyen profundamente en su alma y piensa:

"Si esos hombres tuvieron la inspiración para producir obras tan maravillosas, su mundo debe de haber estado inspirado en el sentimiento que animaba al 'hombre sabio'. Ciertamente, esos grandes pintores no trataron de embadurnar sus telas de magníficos colores, sino de ~~xxxxx~~ expresar viva e inmortalmente las luces espirituales que vinieron del Oriente."

Poco después, estando en su recámara, completamente absorto en estos pensamientos, la puerta se abre inesperadamente y entran, como si alguien los metiera a empujones, Saraceni y Morani.

- Oye, Moacir, - comienza el empresario, - debes ser justo, siempre lo has sido, porque eres sincero, escucha un poco cómo están las cosas.

- No, - interrumpe el conde, ~~x~~ dándole de palmaditas a Moacir, - primero debes escuchar y contestarme a mí, pues fui quien te trajo a Europa. ¿Es cierto o no?

Saraceni y Morani hablan excitadamente, con los rostros encendidos, mirándose como dos gallos de pelea, sin que el pobre de Moacir logre comprender de qué se trata.

Es que los dos disputan sobre el reparto de las utilidades. Saraceni alega que le prometió al conde el veinte por ciento de las utilidades netas, lo que le parece muy suficiente. El conde le ~~ixana~~ pregunta si está loco, pues alega que le prometió pagarle todos los gastos del viaje y darle el treinta por ciento de las utilidades. Siguen disputando, sacan sus trapitos al sol, Saraceni le pregunta qué ha hecho el conde con el dinero que Kramer le dejó a Moacir; después se insultan y acaban por llegar a las manos. A Moacir le parece ~~xxxxxx~~ verlos transformados en dos panteras que luchan por apoderarse del cuerpo ensangrentado de Siso. Al fin, el conde cae, y el empresario, agarrando una plegadera de fierro, está a punto de asestarle un golpe en la cabeza, cuando Moacir, de un salto, le llega por la espalda, le sujeta los brazos, reduciéndolo a la impotencia. Lo carga sobre los hombros, baja corriendo la escalera y lo arroja a la calle como si fuese un cogtal de trapos. La señora Antonelli, que lo ve ~~xx~~ bajar la escalera, se encierra en su recámara y repite temblando:

- ¡Dios mío, Virgen Santísima, protéjanme, ha vuelto a ser salvaje!

Moacir regresa tranquilamente a su recámara y ve al conde, sentado en una poltrona, con el semblante pálido, ^y los ojos ^y los labios ~~xxxxxxx~~ hinchados ~~xxxxxxx~~. Se detiene frente a él para observarlo, y sonríe al verlo tan aporreado, con el cuello desabrochado y la corbata deshecha, implorando piedad.

- Te ríes, Moacir, ~~xxxxxxx~~ pero has visto qué canalla, qué villano, qué bribón? Quiere robarme, quiere exprimirme la última gota de sangre; pero tú me defenderás, ¿no es cierto? pues me debes gratitud.

Moacir no abre la boca; lee hasta el fondo en el alma de aquel hombre.

Morani sigue exponiendo los motivos que Moacir tiene para estarle agradecido. En cuanto al dinero legado a éste por Kramer, dice, sacando del bolsillo algunos recibos y cuentas, que todo se fué en los

gastos del viaje: el hotel en Río de Janeiro, los pasajes en camarotes de lujo, el Hotel Miramare en Milán, etc.

Animado por sus propias palabras, se mira al espejo, y comienza a componer el desorden de sus ropas. Compone la raya de su peinado, se alisa los cabellos, se ~~representa~~ arregla el cuello, rehace el nudo de su corbata, y se cepilla el traje.

- ¡Bribón, bribón! - exclama, y el rostro se le enciende de ira.

Moacir, inmóvil, guarda silencio, observando a ese hombre, que unos minutos antes estaba tirado en la poltrona, pálido, sudoroso y con la voz ronca, pero que ahora se encuentra erguido ante el espejo, ya compuesto, todo alisado, y con la elegante corbata en su lugar. Piensa para sí:

"¡Los hombres con corbata!"

Morani cepilla cuidadosamente el sombrero y, todo sonriente, alarga la mano, diciéndole:

- Gracias, Moacir. Te dejo las cuentas para que las revises, y esta noche, después de la ~~representación~~ función, discutiremos los tres. Ahora que ha sentido tu fuerza, le bastará con verte, para que entre en razón. ¡Es bastante cobarde! Tiene miedo. Yo haré las cuentas, y él firmará una carta. Métele bajo las narices uno de tus puños, nada de amenazas..... Hasta la vista, Moacir.

Morani alarga nuevamente la mano, que Moacir finge no ver, se dirige a la puerta, pero se detiene en el umbral; saca de su cartera un billete de banco, y poniéndolo sobre la mesa, dice:

- Por ahora te dejo cien liras, porque estoy seguro que ese estafador de Saraceni no te habrá dado ni un céntimo. Adios, mi querido rapaz. - Hace un ademán con la mano y sale.

Moacir corre a la puerta y la cierra con dos vueltas de la llave. Siente la necesidad de permanecer solo, de no ver a ninguno, de ordenar los pensamientos que se ~~le~~ agitan desordenadamente en la cabeza, pero pronto ~~representa~~ es presa de una inmensa tristeza que le desgarrá el alma. Morani ha matado las ilusiones que Moacir se había formado respecto de él.

~~Representación~~ ! No le sería posible volverlo a ver! Era mejor

49

conservar todavía una esperanza en la bondad de los hombres civilizados, era mejor huir lejos de Morani y de Saraceni. !Había caído en malas manos..... eso era todo! !No todos los hombres civilizados serían como esos dos mercachifles! Era necesario ponerse en camino y buscar a otros hombres, vivir entre ellos, pues seguramente encontraría almas superiores, corazones nobles y generosos, inteligencias iluminadas.

Mira a su alrededor, como para dicipar la visión de la lucha vulgar que se obstina en presentarse a sus ojos, haciéndole sangrar el co-
razón, pero hasta la misma pieza le parece ^{tener} un aspecto desolado.

Se levanta de un salto, siguiendo más bien el instinto que un razonamiento preciso, toma su maleta y comienza a meter presurosamente en ella todas sus cosas, con la excitación de una persona que se encuentra obligada a huir. Estrecha contra el corazón el retrato de Kramer, lo besa repetidas veces, murmurando su nombre, lo mete cuidadosamente en la maleta, mientras que las lágrimas le ruedan abundantemente por el rostro. Asoma la cabeza por la puerta para ver si la patrona está en casa. Nada le debe, sino que sencillamente no tiene deseos de saludarla y darle explicaciones. Notando que no se oye ningún ruido, toma la maleta y sale cautelosamente. Ya en la calle, se detiene unos minutos, indeciso respecto al lugar a donde debe dirigirse, pero repentinamente se le ocurre una idea, y se dirige a la esquina de la Piazza Fontana, donde suele colocarse el viejo ciego. Lo encuentra allí, pone una moneda en la bandeja de hoja de lata, y le ~~pregunta~~ pide que le dé la dirección de la Posada Popular.

Media hora después, Moacir entra en la Posada Popular de Milán, en donde se cobra una lira por noche. El director lo mira de piés a cabeza, como si se hubiese presentado pidiendo un puesto de confianza, y, después de hacerle muchas preguntas, le asigna una pieza, advirtiéndole que no la puede ocupar sino hasta la hora de acostarse: tal es el reglamento.

- Si quiere depositar su maleta en un armario con ~~xx~~ llave, debe pagar tres liras al mes, - le advierte el director, con la expresión de uno que dijera: "¡Qué quieres, amigo! son duras necesidades que impone la vida.

Moacir paga las tres liras, deposita su maleta en el armario, y toma la llave, que el sirviente le recomienda varias veces que no deje pegada en la cerradura, porque de hacerlo ya no volverá a encontrar ni siquiera un solo pañuelo.

"Pero toda esta gente se burla de sí misma," piensa Moacir. "¡Cuán pesada es la vida aquí! Si en todo el mundo los hombres vivieran así, es seguro que enloquecerían." Sin embargo, recuerda los días pasados en el vapor y en el Hotel Miramare, y tiene que convenir con sí mismo en que la vida es más fácil y placentera en esos ambientes.

Un hombre sin sombrero, de una espesa cabellera negra, y con algunos libros bajo el brazo, pasá junto a él, dirigiéndose hacia la puerta de un salón sobre la cual está un letrero: "Sala de Lectura". Moacir lo sigue, y se encuentra en un gran salón de paredes blancas y dos grandes ventanas, en donde hay dos hileras de mesas, en las cuales están regados periódicos, revistas y hojas de papel. Alrededor de una de las mesas está sentado un grupo de hombres que charlan y discuten excitadamente; hay otros que leen periódicos; en un rincón, dos individuos vestidos con ropas andrajosas, manchadas de cal y de yeso, dormitan.

En la mesa donde se charla, un hombre de ^{sombrero grande} ~~cabelllos largos~~ recorta, con mucha habilidad, una figura en ~~xxxx~~ una hoja de papel negro, y le explica a otro, que está sentado junto a él, su destreza en aquel arte que le permite vivir bastante bien, sin fatigarse demasiado. Dice que frecuenta los lugares públicos, y recorta, por una sola lira, en dos minutos, lo mismo la silueta de la más bella mujer/^{que} ~~xxxx~~ el perfil del hombre más estúpido.

- Mire, quiero recortar el perfil de ese hombre sin sombrero.

Moacir se le acerca con curiosidad.

- Mire usted, - le dice el artista, - es un parecido exacto.

Moacir ríe y le pregunta si puede recortarle su perfil.

- ¡El tuyo? - exclama el artista, sonriendo. - Tienes un tipo extraño, entre el esquimal y el tártaro; ¿eres ruso?

Le sorprende al artista que Moacir no lleve corbata, y le pregunta si no siente frío con el cuello desnudo. Moacir contesta que no.

Moacir mira con gusto su perfil, que el artista pega cuidadosamente

en una elegante cartulina blanca.

"Soy alto, de perfil fuerte, de hombros robustos, no debo ser un estúpido," ~~piensa~~ piensa, y le alarga al artista una lira. "El hombre del sombrero grande" lo mira con una expresión de piedad y, rechazando la lira, le dice:

- ¡Me quieres pagar! ¿Eres millonario? Guarda la lira para pagar la posada. Recibo el dinero de los señores, de los que se están en los cafés para gozar de la vida de la ciudad, de los que se van a los baños de mar o a gozar del aire fresco de las montañas; sin embargo, llevo un sombrero más grande que ellos, ¿no lo ves? ¡No soy infeliz! Paso la primavera en los lagos, entre la alta sociedad; sólo me estoy en la ciudad para las fiestas, como de Navidad o de Año Nuevo; para invernar prefiero la Suiza, viendo los grandes concursos de patinadores americanos... todos ellos millonarios. Paso el Carnaval en Monte Carlo y en Niza. Me encuentro aquí de paso; sólo vengo a esta posada para los pobres para estudiar los tipos característicos..... soy un artista, y aquí no vendo mi arte.

Entretanto ~~había~~ cortado la silueta del grupo de hombres sentados alrededor de la mesa, con su propia figura en el centro, dominándolos. Da todavía algunos retoques a su obra maestra, siguiendo con la cabeza los movimientos de las tijeras, y se la entrega a Moacir, diciéndole:

- Te la regalo, esperando que me harás propaganda entre tus amigos y conocidos.

Moacir le da las gracias, expresando su admiración, y se sienta junto a él; pero "el hombre del sombrero grande" ya ha vuelto la cara para hablar con un individuo rubio, flaco, de ojos clarísimos, que está ocupadísimo en arreglar, con mucha seriedad, en diversos montones, unas ~~xxx~~ postales ilustradas.

- ¿Quieres que te ayude? - le pregunta al artista.

- Muchas gracias, - responde el otro, con acento alemán, - tenga la bondad de contar y amarrar cada paquete.

- Hazlo tú, - dice el artista, volviéndose a Moacir y pasándole las postales.

- Perfectamente, - responde Moacir, feliz de haber encontrado ami-

gos y de serles útil.

Algunas postales reproducen la vista de París, de Berlín, de Constantinopla, otras un paisaje de la Siberia, pero en todas hay un retrato del hombre rubio, debajo del cual se lee: "Señor Friedreck Müller, viajero del mundo."

A Moacir le queda en la mano una postal que lo lleva inesperadamente al interior del África salvaje, y pregunta curioso al "viajero del mundo":

- ¿Ha estado usted alguna vez en las selvas vírgenes?

El señor Müller suspende su labor, y, después de ~~haber~~ examinarxxxx cuidadosamente a Moacir, ~~xxxxxxxx~~ intentando clasificarlo entre las razas humanas, responde:

- No señor, todavía no he estado. - y agrega trsitemente: antes de la guerra viajaba para una casa de comercio alemana, que ha quedado arruinada. Licenciado del servicio militar, no me fue posible encontrar otra ocupación, por lo cual decidí seguir recorriendo el mundo a pié..... cuando no puedo tomar el tren. Vendo estas postales para instruir al público, y, después que haya terminado mi viaje alrededor del mundo, escribiré un libro.....

- ¡Con los piés, por supuesto! - exclama con seriedad el artista.

El señor Müller no se altera, y muestra otro paquete de postales, como si se tratara de presentarle a un cliente un artículo absolutamente nuevo en el mercado.

- Esta postal, en la que aparece la fotografía de mi persona vestida de "viajero del mundo", representa el Santuario de la Meca.

- ¿Ha estado usted allí? - pregunta Moacir.

- ¡Nunca! Pero tengo la inteción de visitarla; sin embargo, el público no debe saberlo, esmi secreto profesional. Si no me equivoco, es usted extranjero, ¿de qué país es? R

Por el momento, Moacir no sabe qué decir, y contesta:

- Soy americano.

- ¿Es usted americano? ¿Del norte o del sur?

- Nací en el Brasil. ¿Ha estado usted en el Brasil?

- ¡Pero señor!..... se obstina usted siempre en preguntarme dónde

he estado, es una imprudencia por su parte; le repito que soy "el viajero del mundo"..... que va en camino. Tenga paciencia, todavía llegaré a su país.

- ¡Es algo difícil! - exclama Moacir sonriendo. - Nací en Matto Grosso entre los salvajes, donde.....

- ¿Nació usted entre los salvajes?..... - pregunta con vivo interés el hombre rubio, dejándole al artista las postales para que las ate, y acercándose a Moacir.

- Le suplico, señor, me diga si tiene algunas fotografías de su país. Cuente, cuénteme, me interesa muchísimo; mire usted, viajo por el mundo, y si alguno me pide informes respecto a su país, me encuentro en la obligación de dárselos.

Moacir, atando los últimos paquetes de postales, se pone a relatar algunas de las costumbres de la tribu de los Borocos, mientras que ~~él~~ el "viajero del mundo" escribe minuciosamente apuntes en una pequeña libreta.

"El hombre sin sombrero", con algunos libros debajo del brazo, y comiendo avellanas, se acerca a Moacir, y, después de que éste ha acabado de contestar a todas las preguntas del señor Müller, le pregunta:

- ¿Cómo te llamas?

- Moacir Kramer.

- Mal, mal, - observa el artista mirándoles, - los hombres siempre deben llevar porbata y sombrero: son sus distintivos.

- Dame la mano, Kramer, - le dice "El hombre sin sombrero" a Moacir.
- Me llamo Bar Ely, y nací en Rusia.

Moacir experimenta una viva emoción al oírse llamar por vez primera por el nombre de su padre, y extiende confuso la mano, que Bar Ely estrecha calurosamente.

"El viajero del mundo" se vuelve al artista y le pregunta:

- ¿Y tú de qué país eres?

- Soy romano: nací y crecí en Roma, y moriré romano.

Moacir le mira con curiosidad y está por hacerle unas preguntas, cuando un sirviente entra en el salón sonando una campana.

- ¿Qué es eso? - pregunta con sorpresa Moacir.

- Es la hora de acostarse, - responde Bar Ely.

"El hombre sin sombrero" toma del brazo al "hombre sin corbata" y como dos viejos amigos suben la escalera que conduce a las recámaras.

Moacir se separa de mala gana de Bar Ely, y, al verse encerrado en su pequeña recámara, de dos metros por dos y medio, siente una gran depresión. Se acuerda de Kramer. Le parece haber vivido toda una vida en un sueño, del cual hasta ahora va despertando amodorrado, con la terrible sensación de haber caído de una gran altura en el vacío. Recuerda al conde en el Brasil. ¿Pero cómo podía ser un mismo individuo el noble que lo había tomado entre sus brazos después de la muerte del "hombre sabio", tratando de consolarlo y explicándole el alto significado de su divisa "la nobleza obliga", y el conde Morani que le había robado el legado ~~xxx~~ de su padre y lo había regateado con el empresario como si se tratara de un mono amaestrado.....? ¿Y Saraceni que quería hacer de él un gran artista y le hubiera roto la cabeza al conde para no repartir las ganancias que obtenía de él.....? ¿Y el hombre que oraba en la iglesia con tanta devoción, pero que no tenía caridad? ¡Todos eran máscaras!

Moacir procura dormirse, pero esos hombres se agitan delante de él, luchan y prorrumpen en carcajadas, sin que él pueda alejarlos, mientras que una voz le susurra obstinadamente al oído: Máscaras, puras máscaras.

Al fin ~~xxxxxxxxxxxxxxxx~~ Moacir ~~x~~ se duerme vencido por el cansancio.

Le despierta el sonido de una campana que se va acercando y alejando continuamente, pero, metiéndose bajo las cobijas, vuelve a caer en ese dulce sueño que sobreviene en la mañana después de una noche agitada.

Despierta sobresaltado al sentirse sacudido por dos manos vigorosas, y ve delante del lecho a un hombre que le mira con severidad. Moacir, irritado, le pregunta qué pasa. El criado le contesta que el reglamento exige que todos los huéspedes estén fuera de sus recámaras a las ocho, porque a esa hora comienza el aseo.

Moacir se levanta de mala gana, preguntándose: "¿Pero qué he llegado a ser? ¿Ya no soy hombre? El conde y Saraceni me hacían cantar y bailar a su antojo, y aquí me hacen acostarme al sonar una campana y me despierta cuando se les antoja. ¡Qué gente tan extraña!"

- Me parece que vuelvo a ver a las dos fieras que luchan por ~~robax~~ apoderarse de la presa, y siento que sus dientes se hincan en mi carne. Alguna cosa sangraba realmente, alguna cosa moría en mí.....

- ¿Entonces, qué piensa ~~usted~~ de nuestro mundo civilizado?

- ¿Y no te contó nunca Kramer su origen y por qué buscaba, con tanto amor, la evolución espiritual del hombre, más que la belleza de la forma exterior?

- Hizo mal.

- Porque te educó de tal manera que no te será fácil encontrar tu

ambiente en Europa. Hay, por cierto, muchos europeos que han sabido asimilar la filosofía oriental, pero la gran mayoría de ellos han comprendido mejor las ideas de Maquiavelo y las del superhombre. Los romanos, dominadores del mundo y ávidos de todos los bienes materiales, comprendiendo que del Oriente venía difundiéndose una fuerza más potente que la suya, al principio quisieron aniquilarla, pero no lográndolo, ~~ni~~ ~~existenxdexellax~~ se la apropiaron y la divulgaron en el mundo occidental, completamente transformada. Por lo tanto, el materialismo pagano sigue imperando en el mundo. Debemos convenir en que los occidentales crearon obras maravillosas, pero casi todas ellas en el campo de las conquistas.

tas materiales. Pero no han sabido organizarlas en beneficio de todos los hombres, porque todavía se hallan en un estado primitivo de la lucha espiritual, y asistimos, hoy en día, a su lucha inútil y bestial por asegurarse aquella parte de la riqueza material que fácilmente podrían obtener mediante el amor, si siguieran los consejos del "hombre sabio". La fuerza de los hombres como Kramer es toda del espíritu, mientras que, hoy en día, prevalece en el mundo el materialismo más cínico y la hipocresía más desvergonzada. Es el triunfo de Maquiavelo, por eso los pueblos sufren y no tienen paz.

Las ideas de Bar Ely/^{hacen a} ~~xxxxxxxxxxxx~~ Moacir/^{ponerse} ~~xxxxxxxxxxxx~~ pensativo; aun no las puede comprender bien. Después de algunos minutos de silencio, pregunta:

- ¡Pero tú estimas y aprecias a Kramer!

- ¡Ciertamente! Es más inteligente que los ~~xxxxx~~ demás.

- ¡Entonces piensas como él?

- ¡Yo.....? No estoy ni de una parte ni de la otra. Desde el día que nací no ví más que persecuciones y dolores. Un hermano/^{mío,} a quien adoraba, y que pensaba como Kramer, murió en Siberia. No sé si tengo todavía parientes en Rusia, lo más probable es que todos hayan muerto. Todavía debo de tener dos hermanos en Europa o en América. Todos estamos separados y dispersos, uno por aquí y el otro por allí, y yo vivo solo con mis libros. Estoy persuadido de que los hombres de este mundo, con todas sus teorías, desperdician el tiempo precioso y sufren inútilmente. No son malvados, sino ignorantes; nacen imbéciles y siguen siéndolo.

- ¡No es así! - exclama Moacir. - No me podrás negar la inteligencia del hombre cuando ves los descubrimientos que ha hecho, y cómo ha sabido domar la naturaleza, transformando las selvas vírgenes, llenas de peligros, en hermosas ciudades.

- ¡Pero el hombre es siempre el mismo! El mundo ha cambiado su forma exterior: en lugar de cabañas, hay magníficos palacios, en lugar del claro de la luna, tenemos la luz eléctrica..... pero el hombre es siempre el mismo.

- Pero yo ya no me siento un hombre de la selva, por cuyo espíritu pasan las sensaciones sin dejar alguna huella.

57

- Bien, tú no has hecho palacios, monumentos ni aeroplanos; tu conquista es interior, no exterior, y es por eso que ya no te sientes un salvaje y te encuentras distinto a la mayor parte de aquellos ~~xxxxxxxxxxxx~~ que has conocido. Sois pocos los elegidos, pero la masa, ya sea rica o pobre, es siempre la misma.

Moacir tiene deseos de hacerle muchas preguntas, pero no se atreve a interrumpir la alegre conversación que Bar Ely ha entablado con la obesa patrona.

Bar Ely y Moacir pasan juntos todo el día. "El hombre sin sombrero" le explica a Moacir su sistema de vida, el cual, a decir la verdad, más que un sistema es una especie de adaptación conveniente para un hombre de poca salud, que no tiene ni un céntimo de capital, y una inteligencia hecha más bien para estudiar que para disfrutar de su propio capital de erudición. Por lo tanto, debido a ^{circunstancias} ~~xxxxxxxx~~ físicas y a circunstancias políticas, ~~xxx~~ es un vagabundo intelectual, que los hombres catalogados de la sociedad actual definirían con el nombre de "extraviado", pero que en un ambiente más práctico podría haber hecho mucho bien a la humanidad. Por su fuerza de carácter, ha sabido dominar la tristeza de la existencia, obligándose a estar alegre y a ver todos los aspectos de la vida por su lado ridículo. Siendo ingenioso, se hace simpático a todos, y así se ha ~~xxxxxxxx~~ ganado un gran número de amigos, que lo invitan a menudo a sus casas y siempre le encuentran algunos discípulos deseosos de aprender alguna de las tantas lenguas que Bar Ely conoce a la perfección. En suma, si se ^{quisiera} ~~xxxxxxxx~~ presentar a Bar Ely a la sociedad con una vestidura bien definida, podría llamársele el estudiante eterno o el profesor alegre. No usa sombrero, porque está persuadido de que éste, según su forma, ejerce una influencia sobre la mentalidad de los hombres. El hombre cuando se pone el sombrero en la cabeza, dice Bar Ely, ya no tiene su propia opinión, sino la de todos los demás hombres que llevan un sombrero del mismo tipo. Algunas veces, vuelven a tener ideas propias cuando se lo quitan.

Es raro que

~~xxxxxxxxxxxx~~ Bar Ely hable seriamente y abra su alma, como hace con Moacir. Le da pena ver a aquel joven indio, perdido en un país extranjero, educado con ideales nobles, y quisiera desilusionarlo sin

hacerle demasiado mal. Al observarlo, llega a pensar que un hombre siempre le da alguna cosa a otro, pues Moacir le ha hecho comprender algo, a saber, que la corbata es un objeto inútil. Teniendo, pues, tantos puntos de contacto con él, Moacir llega a ser su mejor amigo.

Durante algunos días, Bar Ely y Moacir ~~dejan de verse~~ apenas llegan a verse, porque "el hombre sin sombrero" ha tenido que dedicarse a sus alumnos, pero en un domingo por la tarde entran juntos en la Posada Popular y pasan algunas horas juntos.

Moacir vuelve a ver con gusto al "hombre del sombrero grande", quien recorta, como siempre, siluetas en papel negro; está de mal humor, porque ha hecho pocos negocios. Falta "el viajero del mundo", pero hay caras nuevas. Entre ellos, está un anciano, que le dicta a un joven una carta para su hija que está en América, y, al dar sus expresiones de cariño, las lágrimas abundantes caen sobre su espesa barba blanca.

Moacir mira al anciano y participa de su dolor.

- ¿En qué piensas? - le pregunta Bar Ely.

- ¿En por qué aquel anciano dejó a su hija salir para un país tan lejano?

- Es la miseria, Moacir, la que arroja a los hombres fuera de sus hogares, haciéndoles vagar por el mundo en busca del pan.

"¿Pero ~~perqué~~ por qué hay gente pobre y gente rica?" piensa Moacir. "¿No produce la tierra lo suficiente para todos?"

Recuerda ~~las~~ primeras ~~noches~~ que vagó por Milán, cuando, sintiéndose solo en medio de la muchedumbre, vió el rostro macilento de la mujer enferma con las dos criaturas, al ciego obligado a pedir limosna bajo la lluvia, y murmuró en voz baja: "¡Todos solos!"

- ¡Mañana estaré libre, viva la libertad! - exclama Bar Ely para distraer al "hombre sin corbata" que se ha puesto triste y pensativo, y agrega:

- Iremos a visitar la Galería de Pinturas, allí hay cosas interesan~~an~~tísimas que ver; después iremos al Castillo de Sforza. ¡Veo que tú comprendes las cosas difíciles mejor que las fáciles!

- Te agradezco, - dice Moacir sin poder quitar la vista del padre anciano que llora.

~~XXXXXXXX~~ En ese momento entra en el salón un individuo extraño, con la cachucha calada sobre los ojos y el cuello del saco levantado, y las manos en los bolsillos, pavoneándose con el aire de un matasiete. No saluda a ninguno; se acomoda en una silla, poniendo un pié sobre la mesa. Poco después entra otro joven fornido, que lleva un abrigo elegante y carga una petaquilla como las que usan los viajeros de comercio.

donde
Va ~~XXXXXXXX~~ a sentarse a una mesa, en ~~XXXXXX~~ están varios hombres, y, abriendo la maleta, saca de ella, con gran cautela, un pequeño bulto que pasa sigilosamente a su vecino, susurrándole algunas palabras, las cuales, sin embargo, son oídas por todos.

- Las doy a dos liras, pero valen por lo menos treinta. Necesito dinero, También vendo este abrigo por veinte liras.

El vecino toma el envoltorio y lo abre: contiene corbatas. Le da dos liras y mete presurosamente en el bolsillo una corbata. El vendedor da la vuelta al salón, y muchos le compran las corbatas. Moacir no quiere comprar una, pues le es inútil; pero el vendedor insiste tanto, que acaba por comprar no tan sólo una corbata sino también el abrigo.

- ¿Por qué vende ese hombre su mercancía con tanto sigilo? - le pregunta después a Bar Ely.

- Por dos motivos: porque se prohíbe vender aquí, y porque es mercancía robada.

- ¿Mercancía robada? ¿Y me has permitido comprarla?

- Sí..... - responde Bar Ely sonriendo. - ¡Mira, todos los que tenían dinero le han comprado corbatas. Esa es la solidaridad de la Posa da Popular! Ahora observa.

Moacir ve al vendedor de corbatas acercarse al artista y le oye preguntarle:

- ¿Te ha ido mal hoy? ¡A mí me ha ido mejor! ¿Has pagado la posada?

- No, - responde el artista, - apenas he podido satisfacer el hambre.

- Bien, te doy cuatro liras, me las devolverás cuando puedas.

El ladrón le da cuatro liras, y se sienta junto a su compañero, volviéndoles la espalda a todos.

- ¡Solidaridad.....! - murmura Moacir pensativo.

- En el mundo, - le explica Bar Ely, - hay hombres que ya no tienen reputación, que la sociedad ya no considera, hombres arruinados por los acontecimientos o por sus debilidades físicas o morales, pero entre esta gente olvidada en el dolor, existe una ley que hasta ahora nadie ~~aha~~ escrito, pero que surge de una manera natural entre ella, impulsándola a ~~ayudarse~~ ayudarse. Es la ley de la solidaridad la que se alberga más noblemente en los corazones de los humildes y de los oprimidos.

Pasa el criado tocando la campana. Moacir vuelve la cara y lo mira con desprecio: ~~xxxxxxx~~ ha llegado a serle odioso ese hombre que se presta a servir por tanto más cuanto al mes, ~~xximponiendo~~ ^{imponiendo} la voluntad de unos sobre otros, que ~~xximponen~~ ^{tienen} que obedecer. Al salir del salón con "el hombre sin sombrero", ve a su conocido el ciego poniendo en montoncitos los céntimos que ha recogido en el día. El ciego, después de tocar cada montón, para asegurarse de que en ninguno hay un céntimo ni de más ni de menos, mete el dinero en una vieja y sucia bolsa de piel, la que ~~xierra~~ ata con varias vueltas de un cordón, y después la guarda en su faja bien apretada.

Moacir que ha presenciado esa operación sin decir palabra, se vuelve con sorpresa a Bar Ely y le pregunta:

- ¿Por qué está ese hombre tan apegado a su dinero?

- En lugar de llamarte: "el hombre sin corbata", debiera llamarte "el hombre del por qué". Me preguntas por qué ese hombre tiene tanto apego a su dinero, es natural: ¡porrrque es ciego!

Moacir experimenta a cada paso como un ~~golpe~~ ^{golpe} choque, como si le empujasen y le hiciesen daño. Estrecha afectuosamente las manos de Bar Ely, y se retira a su recámara, pensando: "¡Qué vida tan extraña es la de los hombres civilizados! No tienen un objetivo definido: se levantan, se lavan, comen, charlan, lloran, ríen, y después..... vuelven a acostarse. La vida es una cosa redonda como lo es el mundo."

En la noche le parece ~~xxxxx~~ que oye un gran ruido, un golpear de puertas, pasos pesados ~~en~~ en el corredor, pero el sueño le impide darse cuenta de lo que pasa. Casi en la madrugada, siente que la aprietan el brazo, y oye una voz que le dice:

- ¡Por caridad, no grite! Calla, soy un compañero.

Es el vendedor de corbatas. Durante la noche han aprehendido a su compañero, pero él ha logrado huir por un verdadero milagro. Sabe que no le han de buscar allí, porque Moacir es extranjero. Le ofrece a éste una parte del mucho dinero que tiene en los bolsillos para que ~~se~~ se calle, pero Moacir le dice que no lo necesita. El joven vendedor le dice que cuando toque la campana, se pondrá el sombrero de Moacir, y así se podrá escabullir entre los demás, sin que el criado lo reconozca. Moacir consiente en ello, y ~~le da~~ le da al joven su sombrero, mientras que éste, sin pedir permiso, también se pone el abrigo que ~~le~~ había vendido. Se oye al "hombre de la campana" pasar en el corredor; el ladrón abre la puerta cautelosamente y desaparece. Moacir escucha: No hay ni una ~~ni~~ voz de alarma.

Al salir de la posada, Moacir encuentra a Bar Ely. Éste, después de observarle, exclama:

- ¡Bravo! ¡Te has despojado de las cosas estorbosas! Ya no llevas sombrero, y, como ves, yo también me he librado de la corbata. El sombrero es una cosa ignominiosa, especialmente cuando se quita como ~~una~~ muestra de respeto al encontrar a un amigo o al entrar en una casa.

- Y la corbata, - dice Moacir, - separa el corazón del cerebro y ahoga la verdad en la garganta.

Entran en la fonda vecina, y Moacir le cuenta a Bar Ely lo que le ha pasado durante la noche. Apenas ha terminado, cuando entra el ladrón, vestido elegantemente de negro y con el sombrero calado sobre los ojos. Dice, dirigiéndose a Moacir:

- Nunca olvidaré lo que has hecho por mí. Te devuelvo el abrigo y el sombrero.

Dice que él y su compañero llevan dos años de dedicarse a esas actividades, y que hasta ahora ninguno de los dos ha sido preso. Supone que han sido denunciados por algún espía. Cree peligroso permanecer allí mucho tiempo; toma presurosamente un café, quiere pagar por todos y sale. Los dos sienten lástima por él. La fondista les dice:

- ¡Pobrecillo! Tiene algo de humos en la cabeza. A los diez y siete años lo mandaron al frente, de manera que no pudo aprender un ofi-

cio; además, es hijo de nadie. Es necesario vivir, y hay tanta falta de trabajo. Muchas veces, para quitarle el hambre, le he dado lo que queda en la cocina, y véis..... se ha marchado sin saludarme siquiera. Cuando salen de la fonda, Moacir le pregunta a Bar Ely:

- ¿Qué cosa quiere decir hijo de nadie? ¿Están solos todos los hombres en vuestro mundo? También estoy solo, ¿qué me aconsejas que haga?

- Nada, ¿hacen por acaso alguna cosa los pájaros? Ninguna; se conforman con las migajas, y siempre se encuentran migajas. ¿Has visto a alguno de los Borocos morir de hambre? En nuestra sociedad es necesario aprender el arte de no hacer nada. Si se trabaja, se hace mayor mal que bien, porque aumenta la producción, la que ya es excesiva, y así se crea la miseria. El hombre es un imbécil, conserva la riqueza sin percibir los frutos de ella, por lo tanto, el que no trabaja es el único ser racional en ~~xxxxx~~ este mundo. ~~Salen~~

~~Rxxxxxxxxxxxxxxxx~~ Salen del café; pasa un entierro.

- Uno menos, - exclama Bar Ely.

- - ¿A dónde irá ese hombre? - pregunta Moacir.

- A abonar la tierra.

Moacir le mira con sorpresa y pregunta:

- Entonces, ¿tú crees que el hombre no tiene alma?

- ¿Alma? Si los hombres tuvieran alma, ~~la~~ sentirían; en lugar de eso, no sienten más que el vientre: ¡el hombre no es más que un vientre!

Moacir recuerda que, en el vapor, Weiss, le había dicho casi la misma cosa.

- Y mira, ¡qué estúpidos son! - continúa Bar Ely.- En ~~la~~ vida dejan a los hombres libres para hacer todo el mal que quieran, pero cuando han muerto, y ya no pueden hacer nada, los encierran en una caja bien clavada, como si se pudieran escapar!

Les interrumpe su conversación un joven, quien se acerca a Bar Ely y le dice que quiere presentarlo con una señora que busca a un profesor inteligente para sus dos hijos cretinos. "El hombre sin sombrero" se despide de Moacir para atender a sus ocupaciones. Le aconseja que vaya a ver las carreras de automóviles en Monza, diciéndole que le divertirá

Breve Extracto de la Obra

"EL HOMBRE SIN CORBATA",

de Herminia Arbib y Armando Hauser.

Esta obra, escrita en forma de novela, es una fina crítica satírica de la moderna organización social, y de todas las mentiras, hipocresías e injusticias de la tan cacareada civilización occidental, con su cristianismo y demás faramallas.

Moacir, joven indio salvaje de las selvas del Brasil, es adoptado por el Doctor Enrique Kramer, un idealista, quien, desilusionado por el regreso al salvajismo que significó la Gran Guerra, ha ido a radicarse en un pueblo primitivo de indígenas, en la provincia de Matto Grosso. Educa al joven indio en los más altos ideales de la verdadera civilización, de manera que Moacir, a la edad de veintidós años, conoce a todos los grandes filósofos, ha leído las páginas más brillantes de la historia, y es un gran violinista, que no tan sólo ejecuta las obras de los genios de la música, sino que también es un talentoso compositor; además, habla con facilidad y corrección el portugués, el italiano y el francés.

Kramer enferma, y se ve obligado a regresar a Europa en busca de alivio, decidiéndose a llevar consigo a Moacir, quien, habiéndose formado un alto concepto de la civilización europea, anhela conocerla, así como perfeccionar sus estudios. Pero el buen doctor muere en vísperas de embarcarse, cayendo el culto "salvaje" en manos del Conde Morani y del empresario de Ópera Saraceni, que lo llevan a Italia para explotarlo.

En este breve extracto, resulta imposible dar una idea exacta de todas las vicisitudes que sufre Moacir, "el hombre sin corbata", llamado así por su renuencia a llevar ese nudo que, según él, separa el corazón del cerebro, ahogando la verdad en la garganta. Todas esas vicisitudes,

así como la hipocresía, las mentiras, las injusticias y la podredumbre que observa en la civilización occidental y en los hombres que desfilan ante él, producen en Moacir la desilusión más amarga, dando lugar a las ingenuas, pero agudas críticas que hace de los hombres civilizados y de la moderna organización social. Puede decirse, en resumen, que los hombres "civilizados" resultan ser mucho más salvajes que el culto Moacir, con sus elevados ideales.

Durante un breve tiempo, los explotadores de Moacir lo exhiben como salvaje en uno de los grandes teatros de Milán, haciéndole bailar y cantar. Al fin, surge una disputa entre Morani y Saraceni respecto al reparto de las utilidades, llegando los dos a los golpes; el joven huye de los desalmados mercachifles, yendo a dar a la "Posada Popular", por donde desfilan varios tipos interesantes, como "el hombre sin sombrero", "el viajero del mundo", etc. Después, va a París, en donde vive con una familia acomodada y de sentimientos generosos, codeándose con la más elegante sociedad, aunque siempre con cierto carácter de "fenómeno". Se enamora de una bella dama casada, la que finge corresponderle, haciéndolo con el fin de valerse de él para facilitar sus amores ilícitos con un tipejo elegante, hijo de la familia que ha dado tan buena acogida a Moacir. Pero el marido de la dama llega a descubrir el verdadero estado de las cosas y desengaña a Moacir, para suicidarse luego. El joven "salvaje" abandona París, con la intención de regresar a sus selvas. Pero se detiene en Marsella, en donde vive entre marineros y los trabajadores de los muelles. Les predica la doctrina de la solidaridad humana, de la ayuda mutua, etc., procurando organizarlos en una sociedad inspirada en estos ideales. Naturalmente, Moacir es visto como "subversivo". No deja de ganarse enemigos, y, mientras pronuncia uno de sus más bellos discursos, suena un tiro, y el joven idealista cae muerto, con el generoso pecho bañado de sangre.

Prólogo. 17

No busquen encontrar los críticos en nuestra romanza una finalidad política, ni una antipatía ~~máximamente~~ ^{mayor} por una nación que por otra, ni por tal o cual religión. Sencillamente, hemos descrito lo que hemos observado en nuestro alrededor. Bajo nombres supuestos, los personajes que se mueven en torno del ~~Hombre~~ ^{"El Hombre sin Corbata"} son verdaderos, como lo son también los episodios que relatamos. ~~Kramer~~ ^{Gramer}, el "Hombre Sabio", hijo de madre francesa y de padre alemán, ha existido realmente. Sufrió muchísimo por los dos países que amaba, y estuvo feliz entre los hombre primitivos, en los cuales pudo inffundir los sentimientos nobles de su propio espíritu. Saraceni y el conde Morani son seres comunes que abundan en todas partes del mundo; son dos tipos tomados de la realidad. Ya son amigos o enemigos, según el resultado que van teniendo sus intereses mezquinos. Los tipos que pasan por la ~~Hospedería~~ ^{"Posada"} Popular de Milán están fielmente descritos. La baronesa ya ha cambiado de marido por tercera vez, y los San Clément viven todavía en París, buenos, ~~despreocupados~~ ^{El "estibador"} y generosos. ~~xxxxxxxxxxxxxx~~ y su mujer representan el carácter típico del buen emigrante italiano. Blanchard es el francés del pueblo que tiende a elevarse, aunque se ve obligado a vivir en los bajos fondos del gran puerto cosmopolita, y el "buen párroco" todavía cree que basta con que él alce dos dedos de su mano para salvar a la humanidad. No hemos querido hacer una gran labor de imaginación, hemos observado la vida de los hombres civilizados, y la hemos descrito sin hipocresía. Estamos persuadidos de que el hombre es un animal amoldado por los hábitos; no nace ni bueno ni malo, nace ignorante. Encuentra hábitos, los hace suyos y continúa viviendo, de generación en generación, repitiendo los mismos errores hasta llegar a la decadencia o al caos completo.

¿Habéis observado alguna vez a una criatura acabada de nacer? No se ocupa para nada de vosotros, mira a lo lejos, a lo lejos,....., alguna cosa que ella sola parece ver. Pero, poco a poco, se ocupa de la gente que está asu alrededor, Os observa más profundamente, ^{se} digna interesarse en vosotros. Si habláis, os mira la boca, y, si no os comprende, procura imitaros. A medida que va creciendo, pierde por completo su abstracción de filósofo, y siempre se va preocupando más de observar

66

a las personas que lo rodean y de imitarlas. Así comienza a formarse el individuo, el cual recibe sus hábitos de la familia y de la sociedad en que crece..

Los hombres aun vivirían en un estado primitivo, luchando como animales para poder vivir una vida mejor, a despecho de los demás hombres, ^{no} ~~sim~~ hubiese habido espíritus elegidos, inspirados y excepcionales, que, luchando contra los prejuicios del ambiente en el cual nacieron, no hubiesen intentado iluminar a la humanidad para encaminarla en la senda del bien. Empero, la gran mayoría de los hombres, tiene horror a las cosas e ideas nuevas que vienen a alterar sus hábitos, pareciéndoles una cosa criminal la audacia de los investigadores, de los inventores y de los revolucionarios.

Muchos individuos, según la acertada imagen de Lemiere, toman su propio horizonte limitado por los ^{confines} ~~límites~~ del mundo. La historia del progreso científico demuestra elocuentemente cuán difícil es hacerles a los hombres aceptar una verdad distinta de la a que eran acostumbrados a considerar como la verdad, y que debido a esta repulsión a cambiar los hábitos resulta que la civilización avanza a pasos lentísimos.

Sus contemporáneos se burlaban de Galvani, el descubridor de la electricidad, ^{en Francia} lo mismo que le pasó a Jouffroy, el inventor del barco de vapor. Colón fue tenido por loco, porque sus contemporáneos se habían acostumbrado a leer en la carta geográfica, en donde se señalaban las columnas de Hércules, la inscripción: "Hic deficit orbis" ("Aquí termina el mundo").

Los hombres afectados por la miopía intelectual le pusieron toda suerte de obstáculos al progreso de la ciencia, y no fueron más benignos y generosos para con los filósofos y reformadores que quisieron enseñarles un sistema de convivencia social más moral y, por ende, más feliz. Al contrario, los han crucificado, quemado o fusilado como subversores, para, después de muertos, exaltarlos y venerarlos como mártires, Pero siempre prontos, aun hoy en día, para matar a los elegidos, que quieren mostrarles los errores en los cuales se obstinan a vivir a fuerza del hábito.

Moacir, el protagonista de nuestra novela, no usa corbata, porque

67

fue educado por el "hombre sabio" a no llevar en el cuello ese lazo que separa el corazón del cerebro. Cuando esté entre los hombres que usan corbata, encontrará un gran contraste entre la forma y la substancia, y notará el desequilibrio que existe entre el colosal progreso mecánico y la mentalidad de ellos, reliquia de los siglos pasados. Son inevitables los sufrimientos y el caos hacia ^{los cuales} ~~el camino~~ la humanidad, y Moacir, el espíritu del "hombre sabio", hablará, indicará el "camino nuevo".

..... Pero la ignorancia de los hombres pálidos y sin luz seguirá creyendo poder ^{determinar} ~~sofocar~~ mediante la violencia y el delito ^{el camino} ~~el camino~~ fatal de la civilización.

La aspiración del escritor es comunicar a los demás el ideal que le anima. ¿Lo hemos logrado? ¡Esperamos que sí! Y ahora deseamos que nuestro libro sea ~~per~~ profundamente comprendido por aquellos que gobiernan a los pueblos con la misma mentalidad del conde Morani, de Saraceni, del barón ~~Anderman~~ Anderman, así como con aquella plácida inconsciencia del "buen párroco". Quizá despertarán ya de sus hábitos arraigados, comprenderán la responsabilidad de su conciencia, y estarán animados del más grande ideal que pueda exaltar el corazón humano: el de ser realmente hombres capaces de vencer las mezquindades grandes y pequeñas, para formar la verdadera civilización: la solidaridad humana.

Erminia Arbib. 23